

Washington Irving en Andalucía

ANTONIO GARNICA (ED.)



f)L Fundación José Manuel Lara

Primera edición: febrero, 2004

Coordinador del ciclo «Washington Irving en Andalucía»:

Antonio Garnica

© de los textos: Antonio Garnica, Jerónimo Páez, Jesús Díaz García,
Blanca Krauel Heredia, María Jesús Sanz Serrano, Consuelo Varela,
Juan Manuel Barrios Rozúa, Ángel Galán Sánchez

© de las traducciones: Antonio Garnica

© Fundación José Manuel Lara, 2004

c/ Fabiola, 5. 41004 Sevilla (España)

Diseño: Manuel Ortiz

Impresión: A & M Gràfic

Encuadernación: Lorac Port

Este libro no podrá ser reproducido,
ni total ni parcialmente,
sin el previo permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

Dep. Legal: B. 5.307-2004

ISBN: 84-96152-27-8

Printed in Spain-Impreso en España

La Granada de Washington Irving

JUAN MANUEL BARRIOS ROZÚA

VALORACIÓN DE LOS ESCRITOS DE IRVING SOBRE GRANADA

Bajo el título de «La Granada de Washington Irving» voy a intentar cumplir un triple objetivo: describir cómo era la ciudad que conoció el escritor estadounidense, cómo la vio él y qué huella dejó. Para complementar y contrastar la peculiar mirada de Irving recurriré puntualmente a las opiniones de otros viajeros.

Son muchos los libros de viajes de la primera mitad del siglo XIX en los que Granada fue incluida. En sentido estricto *Cuentos de la Alhambra* (*The Alhambra*) es un libro de viajes con cuentos insertados, aunque los propios relatos dejan traslucir la experiencia como viajero del escritor. Creo haber leído la gran mayoría de los textos de viajeros que se refieren a Granada en la época señalada y el de Irving es el mejor escrito, el más sugestivo y el que más invita a la relectura. Desde el punto de vista del aporte documental es también uno de los más completos; sólo rivalizan en este aspecto con él Richard Ford, que tenía una mirada más realista, o Teophile Gautier, menos cegado por la Alhambra, pero cuyo relato pierde interés porque llegó después de los drásticos cambios introducidos por la revolución liberal.

La aportación de Irving cobra aún más relieve cuando recopilamos las referencias a Granada que hace en sus otros trabajos, aunque aquí hace falta ser más crítico a la hora de valorarlas.

Su primer acercamiento literario a la ciudad fue un cuento titulado «El estudiante de Salamanca» que formaba parte del libro *Bracebridge Hall or The Humorists* (1822)¹. La fecha deja claro que fue anterior a su primera estancia en la ciudad y que en la ambientación el escritor se dejó guiar por la fantasía y algunas lecturas, entre ellas las *Guerras civiles de Granada* de Ginés Pérez de Hita, que despertaron su imaginación en la juventud². Es importante tener esto en cuenta porque nos deja claro que Irving desde joven se había formado su propia idea de la ciudad, que ésta tenía una acusado sesgo maurófilo y que la contemplaba como un escenario idóneo para dar cauce a la imaginación romántica.

La trayectoria de Colón llevó una vez más su imaginación a tierras granadinas. En la *Vida y viajes de Cristóbal Colón* la ciudad sólo es un lejano decorado³, pero el deseo de conocer los lugares colombinos se erige en un acicate más

1. Andrés Soria hace esta aguda valoración del relato: «El cuento es una historia de amor romántico en Granada, con su convencional cortejo de serenatas, duelos, alquimia, inquisidores, raptos, auto de fe y salvación de los inocentes en un final feliz. Pero tiene interés para conocer la fantasía de Irving en torno a Granada, cómo se la imaginaba y cómo trazaba escenas cargadas de color local, sin otro apoyo que el conocimiento libresco. [...] El cuadro adolece, como es natural, de algunos errores locales e históricos, pero, a pesar de ello, la agilidad de la trama y el rico colorido están conseguidos con verosimilitud»; Soria, Andrés, «Washington Irving. 1859-1959. Notas en su centenario», en *Washington Irving (1859-1959)*, Granada, Universidad de Granada, 1960, p. 139.

2. Así lo confiesa él mismo: Irving, Washington, *Cuentos de la Alhambra*, Granada, Editorial Padre Suárez, 1965, p. 75.

3. En realidad tienen más protagonismo el puente califal de Pinos Puente o el campamento, luego pueblo, de Santa Fe. No obstante, aprovecha Irving para incluir una primera y sucinta descripción de la rendición de los nazaríes y la salida de Boabdil de la Alhambra.

para viajar a Granada⁴. Esto demuestra que no eran sólo los exóticos escenarios de los «dramas musulmanes» los que le atraían a la ciudad, también las figuras de Cristóbal Colón y los Reyes Católicos, despertaban el interés del escritor.

La *Crónica de la conquista de Granada*, ambientada en buena parte en la ciudad, se beneficia ya del conocimiento directo de los escenarios, pero esta afirmación debe matizarse, porque había empezado a redactarla antes de visitarla y muchas de las descripciones que hace resultan algo acartonadas y tópicas al lado de las de los *Cuentos*. Esto me induce a pensar que algunas de ellas pueden ser anteriores a su conocimiento directo del escenario y probablemente las tomó de las crónicas con las que se documentaba; en las revisiones del conjunto de la obra no se vio obligado a corregirlas porque al fin y al cabo fueron confirmadas por su experiencia.

Otro tanto puede decirse de *Leyendas de la conquista de España*, algunos de cuyos episodios empezó a redactarlos en Madrid antes de haber pisado tierras andaluzas y que terminó de redactar en Estados Unidos, donde el libro no se publicó hasta 1835. Varias de esas *Leyendas* tienen capítulos ambientados en Granada en las épocas más dispares de la historia de al-Andalus⁵.

Tras los *Cuentos* la mejor fuente para el trabajo que aquí abordo es ya de carácter privado; me refiero a la correspondencia y a su diario. El diario es escueto en detalles, pero las

4. Dice Bowers que el entusiasmo que experimentó Irving por el tema de la conquista de Granada fue tal que casi pensó en abandonar la vida de Cristóbal Colón. Sin llegar a tal extremo pensó en insertar unos capítulos al respecto para hablar de la caída de Granada, pero al final decidió elaborar el esquema de un futuro libro. «Sólo cuando hubo terminado esto se resolvió a continuar escribiendo su manuscrito sobre el descubridor». Bowers, Claude G., *Las aventuras españolas de Washington Irving*, Madrid, Movipress 2000, 1997, pp. 17-18.

5. Hay una buena edición en Granada con un desafortunado título que puede llevar a confusión: *Crónicas moriscas. Leyendas de la conquista de España*, Granada, Miguel Sánchez, 1997.

cartas son en ocasiones largas y contienen descripciones brillantes que prefiguran las que va a utilizar en los *Cuentos*. Gracias a estos textos se nos despejan dudas que podríamos albergar respecto al apasionado entusiasmo de algunos pasajes de sus obras dadas a la imprenta, y conocemos de primera mano, sin que medie ningún convencionalismo literario, matices de sus vivencias en la ciudad⁶.

SUS ESTANCIAS EN LA CIUDAD

Como he señalado, Irving había leído mucho sobre Granada (Hita y sus *Guerras civiles*), había ambientado un cuento en la ciudad (*The Student of Salamanca*) y situó en su entorno episodios de la *Vida y viajes de Cristóbal Colón*. Venía, pues, con una gran expectativa y, sin duda, con imágenes preconcebidas que iban a condicionar su exploración de la ciudad, sus habitantes e historia. Como pondré de manifiesto al final, a su vez, sus escritos iban a guiar a muchos viajeros que confesaban haberle leído con fascinación.

El primer viaje a Granada se enmarca dentro de su descubrimiento de Andalucía. Salió de Madrid, entró por Despeñaperros y pasó a Córdoba desde cuya sierra atisba la ubicación de la Alhambra:

La blanca cima de Sierra Nevada aparece como una nube brillante en lontananza, mostrándonos la situación de Granada, la ciudad de romántica historia.⁷

6. La edición más completa de las cartas: Irving, Washington, *Complete Works of Washington Irving: Letters II, 1823-1838*, Boston, Twayne, 1979 (las cartas escritas desde Granada pueden verse en las páginas 279-288 y 411-458 y hay algunas otras menciones a la ciudad dispersas por toda su correspondencia). Una selección de cartas traducidas al castellano puede verse en Morales Souvirón, Francisco, «Cartas de Washington Irving desde la Alhambra», en *Washington Irving (1859-1959)*, Granada, Universidad de Granada, 1960, 87-117. Los diarios están recogidos en *Complete Works of Washington Irving: Journals and Notebooks: vol. 4, 1826-1829*, Boston, Twayne, 1984.

7. Carta a Antoinette Bollviller, fechada en Granada el 15 de marzo de 1828, en Morales Souvirón, *Cartas...*, pp. 93-9.

Llegó a la antigua capital nazarí el 8 de marzo de 1828, se alojó en la poco confortable fonda del Comercio y abandonó la ciudad el 18 del mismo mes para ir a Málaga, el antiguo puerto del reino nazarí por cuyas murallas ruinosas paseó evocando la dramática conquista de la ciudad. Desde allí partió a Ronda y llegó finalmente a Sevilla, donde se establecerá por más de un año. Puede parecer que un viaje en el que recorrió toda Andalucía alojándose en multitud de pueblos y ciudades implica cierta superficialidad. Pero nada más lejos de la realidad. Sus diez días de estancia en Granada eran tiempo suficiente para recorrer su solar de arriba abajo varias veces —su superficie era una cuarta parte de la que tiene en la actualidad—, conversar con gentes y reunir varias páginas de notas. Irving, aunque con la activa vida social que desarrolló en Madrid nos pueda parecer un hombre en exceso relajado⁸, lo cierto es que cuando viajaba se mostraba como un disciplinado recopilador de impresiones, noticias y leyendas populares, y no en vano a ello se debe lo mejor de su obra.

Durante los muchos meses que Irving pasó en Sevilla y sus proximidades sabemos que Irving tuvo en mente a Granada, pues trabajó en la *Crónica*, continuó con alguna de sus *Leyendas* y empezó a trabajar en los *Cuentos de la Alhambra*. Resulta llamativo que teniendo tanto interés por el pasado de Granada, residiera en Sevilla. No es su superficial trabajo en

8. Un elocuente extracto del diario de Irving puede leerse en Beerman, Eric, «Washington Irving en Madrid (1826-28): Cristóbal Colón», *Revista Complutense de Historia de América*, 18 (1992), pp. 201-214. Este autor le reprocha veladamente que con semejante vida social no podía desarrollarse una seria labor investigadora, para demostrar con ello que su *Vida y viajes de Cristóbal Colón*, escrita sólo en veintiún meses, dependía en exceso de la recopilación documental de Fernández Navarrete y pocos libros más. En esto tiene razón, pero en el campo de la literatura sus esfuerzos documentales no sólo son más que suficientes, sino incluso inusuales. Para historiador era demasiado ligero a los ojos actuales, pero como autor de ficción cimentaba y pulía bien sus escritos.

el Archivo de Indias lo que podía encadenarle a la capital andaluza, pues ya había dado a la imprenta su libro de Colón. En mi opinión eran las muchas amistades que allí tenía lo que hacía más comfortable esa ciudad, por ende más grande y mejor comunicada. Extraña que una urbe tan romántica como Sevilla, con sus gentes pintorescas e imponente legado musulmán sólo inspirara a Washington Irving «La leyenda de Fernando el Santo» y ninguna obra de ficción⁹. No debemos pensar que sus encantos fueran indiferentes al norteamericano, pues su diario y correspondencia están plagados de referencias admirativas a la ciudad¹⁰. Pero lo cierto es que así fue. En fin, más adelante trataré de mostrar, a través de los propios escritos de Irving, qué tenía de especial Granada para la imaginación del escritor y su entorno.

Pasado poco más de un año en Sevilla inició un segundo viaje hacia Granada, acompañado de su amigo el príncipe Dolgoruki, que incluía paradas en muchas localidades de las abruptas serranías penibéticas, escenario de las encarnizada resistencia nazarí contra la invasión castellana, que había plasmado en su casi concluida *Crónica de la conquista de Granada*.

El 5 de mayo llegó a la antigua capital nazarí con la idea de permanecer más tiempo que en la anterior ocasión: «Si me siento inspirado, de lo que tengo alguna esperanza, permaneceré de un mes a seis semanas»¹¹. Tras una visita al gobernador tuvo la fortuna de ver realizado el sueño de instalarse en la Alhambra. Lo agradable que resultaba allí su

9. Irving, *Crónicas moriscas...*, pp. 300-395.

10. Sirva de ejemplo cómo la sensibilidad romántica de Irving aprecia la catedral gótica de Sevilla, por cuyo interior le encantaba pasear al atardecer: «Yo no creo haber sentido nunca un placer igual en ningún otro monumento de esta clase», carta a Mlle. Bolviller citada en Peña Cámara, José de, «Washington Irving en Sevilla, 1828-1829», *Boletín de la Real Academia sevillana de Buenas Letras*, 15 (1987), p. 129.

11. Carta a su hermano Peter Irving (este hermano de Irving había estudiado medicina), fechada en Sevilla el 29 de abril de 1829, en Morales Souvirón, *Cartas...*, p. 102.

estancia pronto le llevó a cambiar de planes: «Estoy resuelto a demorar mi estancia en este lugar hasta que consiga acabar varios escritos relacionados con este mismo palacio, en los que pretendo reflejar el encanto íntimo que me rodea»¹². Pero el nombramiento para un cargo diplomático obligó a Irving a precipitar su salida de la ciudad:

Partiré de la Alhambra dentro de pocos días y he de hacerlo con gran pesar. Nunca en mi vida he pasado días semejantes ni espero volver a pasarlos. El tiempo es ahora insoportablemente caluroso y el calor penetra en las salas principales; pero tengo un delicioso retiro en las salas de los baños que por ser casi subterráneas son frescas como grutas.¹³

Su marcha precipitada de la ciudad a finales de julio hará que sus *Cuentos* termine de escribirlos fuera. Si hubiera permanecido más tiempo en la Alhambra las impresiones, documentos y leyendas que podría haber reunido habrían sido muchas más y esto se habría reflejado en sus obras. Pero podemos pensar también que el hecho de que sus *Cuentos* los escribiera en buena parte lejos de la ciudad contribuyó a darles ese mágico carácter de evocación que tienen, y que de haber residido más tiempo en Granada podría haberse sentido obligado a ser más explicativo y caer en la pesadez del que quiere contar demasiadas cosas.

Queda por último plantearse porqué Washington Irving no volvió a Granada durante los años que estuvo de embajador en Madrid (1842-1846). A primera vista sorprende que en una estancia en España algo más larga que la anterior no encuentre el momento para visitar una ciudad

12. Carta a su hermano Peter Irving fechada en Granada el 13 de junio de 1829, en Morales Souvirón, *Cartas...*, p. 106.

13. Carta a su hermano Peter Irving fechada en la Alhambra el 22 de julio de 1829, en Morales Souvirón, *Cartas...*, p. 114.

de la que hablara con tanto encomio. Algún autor ha apuntado falta de sinceridad en el entusiasmo de sus escritos literarios e históricos¹⁴, pero creo que esto queda descartado de antemano por su correspondencia privada, donde no hay lugar al recurso literario de fingir emociones elevadas y queda clara la espontaneidad de sus sentimientos.

A mi parecer, la explicación es sencilla; Irving ya no era el entusiasta viajero del pasado, su interés por conocer mundo había decrecido y desde hacía años lo vemos retirado en *Sunnyside*, su casa rural junto al río Hudson, entregado con placer a una vida tranquila y rutinaria. Con sus 60 años y una salud que nunca había sido muy fuerte, agravada ahora por distintos males, el antes intrépido viajero está ahora a las puertas de la vejez. Él mismo lo dice: «Soy un espectador demasiado viejo en el teatro de la vida para que aún me impresionen las novedades, el lujo o los trucos del drama»¹⁵.

A Madrid no le lleva ahora su interés por descubrir el romántico suelo ibero, ni la fascinación por profundizar en la historia de España; su motivación es simple y llanamente la de ganarse la vida. Su pequeña fortuna personal la ha invertido mal en tierras y ferrocarriles, y se encuentra en apuros económicos; mueve sus influencias para que le den un puesto diplomático y consigue que lo nombren embajador en Madrid, cuya plaza ha quedado vacante. En la capital española debe desarrollar una activa labor diplomática cuando su deseo sería continuar su tranquila existencia en

14. Dice Ynduráin: «en todo caso me parece muy decepcionante el olvido y me hace sospechar que su viaje y estada en la Alhambra no había pasado de servir a un fin utilitario que, una vez cumplido, quedaba atrás, agotadas para el autor las posibilidades estimulantes de su imaginación. Y esta indiferencia, ¿no nos suscita alguna duda acerca de la autenticidad de la experiencia pasada?». Ynduráin Hernández, Francisco, «Washington Irving, primer hispanista norteamericano», en *Washington Irving (1859-1959)*, Granada, Universidad, 1960, 7-51, p. 41.

15. Citado por Bowers, *Las aventuras...*, p. 111.

Sunnyside; está embarcado desde hace tiempo en varios proyectos literarios que ahora debe abandonar con disgusto para elaborar informes diplomáticos y no necesita que España le inspire más obras, sino acabar las que tiene iniciadas¹⁶. Ni siquiera puede encontrar ya en Madrid a los amigos que allí tuvo¹⁷. Los únicos viajes que realizará son una estancia en Barcelona por motivos diplomáticos, tres escapadas a París por prescripción médica dado que el duro estío madrileño le perjudica y poco más¹⁸.

En suma, sus obligaciones no le dan mucha libertad para viajar, su salud no es buena y su mente está absorbida por proyectos tan ambiciosos como la *Vida de Washington*¹⁹. El único viaje que desea hacer es el de vuelta a Estados Unidos con sus cuentas arregladas. No podemos acusar de insincero interés por Andalucía a un gastado Irving que ya no es el hombre vitalista de hacía tres lustros.

16. Su única labor literaria vinculada con su primera estancia en España fue retomar una biografía de Mahoma que, en principio, había concebido como una introducción a sus escritos sobre al-Andalus. Como él mismo señala «alivió el tedio de una indisposición crónica revisando de nuevo el manuscrito»; Irving, Washington, *Mahoma*, introducido por Martínez Montávez, P., Barcelona, Salvat, 1985, p. 23. La publicó en 1849.

17. Claro, que un hombre tan sociable conseguirá hacer con el tiempo un nuevo círculo de relaciones. Bowers, *Las aventuras...*, pp. 121-122.

18. Su salud atraviesa etapas tan delicadas que en ocasiones los médicos le prescriben que deje de escribir. En sus viajes a Francia conoce alguna otra ciudad y hace una escapada a Londres, ciudad a la que estaba muy vinculado por sus largas estancias en ella. Bowers, *Las aventuras...*, pp. 158, 160, 178-184.

19. Este párrafo de su correspondencia es un buen resumen de su situación durante estos años: «Esta indisposición ha trastornado desgraciadamente todos mis planes. Había abrigado la esperanza de dedicar todos los ratos de ocio que me dejasen las obligaciones de mi cargo en Madrid para proseguir la ejecución de una o dos obras literarias que tengo proyectadas. Pero ya he perdido un año entero, doblemente precioso a mi edad. La *Vida de Washington* y todos mis demás trabajos literarios han quedado interrumpidos y mi pluma permanece ociosa». Citado por Bowers, *Las aventuras...*, p. 159.

EL PAISAJE

Washington Irving tuvo el acierto de escoger fechas idóneas en sus dos estancias, pues residió en vísperas de la primavera y en la primavera misma²⁰. No tuvo que soportar el duro invierno y sólo sufrió un mes el tórrido verano de la ciudad, lo cual contribuye a que en sus escritos la Vega junto a la que se asienta la ciudad sea «un paraíso terrenal»²¹. Su llegada a la ciudad le ayuda a evocar la propia llegada de Tarik a Granada a principios del siglo VIII:

Después de internarse algo en el país, Tarik llegó un día a una vasta y bella llanura entremezclada de aldeas, engalanada con alamedas y jardines, surcada por sinuosos ríos y circundada por encumbradas montañas. Era la famosa vega o llanura de Granada, destinada a ser, durante siglos, la residencia favorita de los musulmanes. Cuando los conquistadores contemplaron aquella deliciosa vega, quedáronse perplejos de admiración, como si el Profeta les hubiera dado un paraíso en la tierra en recompensa de los servicios prestados a su causa.²²

Y de manera más subjetiva lo expresa sin ambages: «¡Santo cielo después de haber pasado dos años en los baldíos calcinados de Castilla, ser libertado para vagar libremente en este país de ensueño!»²³. La fertilidad de la Vega, la «mayor gloria

20. En su primera estancia escribe: «Se experimenta una como embriaguez del corazón y del espíritu al contemplar estos lugares en época tan espléndida. La naturaleza toda parece rebosar de vitalidad al revestirse de los primeros delicados brotes verdes y las flores primaverales. Los almendros están en flor, las higueras comienzan a brotar, en todas partes se inicia una tierna germinación, tanto en la hoja como en la flor en botón». Citado por Bowers, *Las aventuras...*, p. 51.

21. Irving, *Crónicas moriscas...*, p. 353.

22. Irving, *Crónicas moriscas...*, p. 114.

23. Carta a Antoinette Bolhiviller, fechada en Granada el 15 de marzo de 1828, en Morales Souvirón, *Cartas...*, p. 96.

de Granada»²⁴, es loada sin descanso en la *Crónica*, donde nada causa más desolación a los musulmanes que ver su frutales y alquerías pasto de las llamas y el pillaje cristiano. Lo que le fascina de la Vega es su feracidad entre ásperas montañas, ese primoroso regadío heredado de los andalusíes²⁵, la variedad de sus cultivos con plantas tan exóticas como granados, naranjos y limoneros, el brillante verdor bajo un sol radiante que parece reclamar un árido desierto. Ningún lugar mejor para respirar el «aire balsámico de Andalucía»²⁶.

El circo de montañas que rodea la Vega presenta el contraste idóneo con sus rocas abruptas y desnudas laderas. Y destacando majestuosa Sierra Nevada, que Irving conoció siempre con nieve y de la que no sólo aprecia tanto su belleza como su impacto sobre el clima²⁷. Este cinturón de montañas estanca la atmósfera de la Vega y hace que su atmósfera esté saturada de partículas que al amanecer y, sobre todo, al atardecer tiñen los cielos con tonalidades rosáceas y púrpuras, y bañan los edificios de una luz dorada, convirtiendo así las puestas de sol en otro sugestivo espectáculo. Para Irving era fácil evocar la última mirada de Boabdil:

Los brillantes rayos del sol, en una atmósfera tan transparente, iluminaban sus altas torres y alminares y se reflejaban glo-

24. Irving, Washington, *Crónica de la conquista de Granada*. (Según el manuscrito de fray Antonio Agápida), introducido por Báez Díaz, L., Madrid, Miguel Sánchez editor, 1987, p. 15.

25. «ellos lograron transformar esta afortunada región al más maravilloso grado de prosperidad imaginable, enorgulleciéndose de embellecerla cada vez más...». Irving, *Crónica de la conquista...*, p. 15.

26. Carta a Antoinette Bollviller, fechada en Granada el 15 marzo 1828, en Morales Souvirón, *Cartas...*, p. 94.

27. «La altura de la población y su vecindad a la Sierra Nevada, coronada con perpetuas nieves, suavizan las cálidas temperaturas del estío, de modo que mientras otras ciudades jadean con el bochornoso y sofocante calor de la canícula, las más saludables brisas cruzan las marmóreas antecámaras granadinas». Irving, *Crónica de la conquista...*, p. 15.

riosamente sobre las almenadas murallas que coronaban la Alhambra, en tanto que abajo, el esmaltado y frondoso valle de la vega, contrastaba con los brillantes y plateados meandros del Genil.²⁸

En fin, ésta fue la impresión en la distancia la primera vez que llegó a la ciudad:

¡Pero Granada, la *bellísima* Granada! Imagínese cuál debió ser nuestra alegría cuando después de pasar el famoso puente de Pinos [...], divisamos Granada, con su Alhambra, sus torres y sus nevadas montañas; todo aparecía ante nuestra vista. El sol poniente lucía majestuosamente en sus torres de color bermejo a medida que nos acercábamos y daba un suave tono al paisaje de la vega; un mágico resplandor lucía sobre este lugar tan celebrado por la poesía.²⁹

Si tanto he insistido en la cuestión paisajística es para desmentir, o al menos matizar, la idea muy difundida entre los investigadores de la literatura y el grabado románticos de que lo único que interesaba de Granada a los viajeros era la Alhambra. La ciudad palatina situada en un llano no habría despertado ni la mitad del entusiasmo que despertó. En la Granada actual el crecimiento urbano y la especulación más mezquina han destruido y ocultado una parte de este encanto; es fácil, pues, que pase desapercibido, pero la lectura atenta de los textos no deja lugar a dudas de que la Alhambra no es sólo un sugestivo con-

28. Irving, *Crónica de la conquista...*, p. 516. Mucho más brillante y plena de matices es la descripción que hace Gautier, demasiado larga para reproducirla aquí pero cuya lectura recomiendo vivamente. Gautier, Theophile, *Viaje por España*, introducido por Vázquez Montalbán, M., Barcelona, Taifa, 1985, p. 194.

29. Carta a Antoinette Bollviller, fechada en Granada el 15 de marzo de 1828, en Morales Souvirón, *Cartas...*, pp. 93-95.

junto de salas, sino también una sucesión de torres y balcones desde los que asomarse a un paisaje pleno de matices —no en vano escudriñaba la vida urbana con su catalejo³⁰—. Refuerza esta idea el que el Alcázar de Sevilla no le impresione y se limite a indicar que lo encuentra muy inferior a la Alhambra³¹.

LA CIUDAD

Lo que más buscan los viajeros románticos, y Washington Irving es una de las expresiones más extremas de ello, es evocar la Granada musulmana. Nada es más exótico y diferencial respecto a las culturas de las que proceden, y nada está tan asociado a un trágico pasado en una ciudad que fue el último bastión de al-Andalus. Creo que es muy importante insistir en ello, porque más allá de los valores arquitectónicos en sentido estricto, lo importante es lo que esos edificios evocan para estos visitantes que, en mayor o en menor medida, vienen con un bagaje de lecturas y fantasías³².

Cuando digo arquitectura musulmana incluyo también mucha de la mudéjar y morisca³³, aunque los viajeros no supieran con precisión científica definirla como algo distinto de lo musulmán. Esto implica un interés particular por la Alhambra, que parece eclipsar la ciudad. Pero es preciso

30. Bowers, *Las aventuras...*, p. 101.

31. Bowers, *Las aventuras...*, p. 68.

32. Durante el viaje queda claro qué es lo que les interesa: «La contemplación de ciudades y aldeas amuralladas, construidas como nidos de águilas entre las peñas y rodeadas de cresterías moriscas o de ruinosos torreones colgados de altos picachos, hace que la imaginación retroceda, en los pasos agrestes de las montañas, a los caballerescos tiempos de la guerra entre cristianos y musulmanes y a la romántica lucha por la conquista de Granada». Irving, 1965b: 29.

33. La palabra morisco la utiliza Irving como sinónimo de musulmán y moro, aunque sí tenía claro el concepto de mudéjar, desde el punto de vista jurídico y religioso, como lo demuestra en su *Crónica de la conquista de Granada*.

indicar que todo lo que se relaciona con la Granada musulmana interesa: murallas y puertas, alhóndigas, baños, restos de mezquitas —o iglesias mudéjares que lo parecen—, otros palacios nazaríes y casas moriscas. Son muchos los grabados, dibujos y más tarde fotos que poseemos de todos estos edificios, y por supuesto referencias a ellos. Y serían más de no estar estos edificios dispersos por la ciudad, mal conservados o ser menos accesibles. Pensemos en la iglesia de San José, situada en una intrincada calle del Albaicín y cuyo alminar estaba completamente enlucido hasta el mundo de no verse su arquito de herradura ni el interesante aparejo de su sillería; parecía un campanario de lo más corriente y todos los viajeros lo ignoraron.

El otro aspecto que más llama la atención de Granada es el pintoresquismo. Pintoresca es desde luego la arquitectura musulmana, pero lo son también otras muchas cosas. Lo que más distingue a Granada de Sevilla y Córdoba, que también poseen magníficos edificios musulmanes, es su relieve accidentado. Ya he hecho alusión a las montañas que rodean Granada, pero ahora es preciso fijarse en que la propia ciudad se asienta en buena parte sobre varias colinas.

Esto le da un peculiar encanto a pasear por sus calles accidentadas, descubriendo nuevas perspectivas en cada requiebro. La propia arquitectura se hace más pintoresca al amoldarse al terreno y adoptar diversas soluciones para ello. Si sumamos a esto que las calles y callejuelas son muy estrechas y en muchas bulle la vida, podemos entender que Irving le recuerde a su amigo el pintor David Wilkie como «fuimos sorprendidos con frecuencia por escenas e incidentes callejeros que nos recordaban pasajes de *Las mil y una noches*»³⁴.

Los propios ríos de Granada no pueden ser más diferentes a los de su tierra natal. El Genil, que queda extramuros, es alabado por los paseos arbolados de sus riberas y

34. Irving, *Cuentos...*, p. 21.

sus vistas a la Sierra, pero es el Darro, el río que atraviesa la ciudad, el que despierta los más encendidos elogios. Es torrencial y de cauce estrecho, con el caserío tan apiñado en sus riberas que muchas casas vuelan sobre él apoyadas en tornapuntas de madera. Numerosos puentes de piedra y ladrillo, la mayoría de fábrica musulmana con innumerables remiendos, lo cruzan con arcos peraltados. Los grabadores románticos lo reprodujeron en algunas de las imágenes más sugerentes de la Granada histórica, pero a los propios granadinos les disgustaba, y donde el viajero veía pintoresquismo ellos encontraban tosca irregularidad. Richard Ford lo expresó con claridad en 1833:

¡Qué paisaje para todos, menos para los naturales que nada ven en estas maravillas de luces y sombras, reflejos, colores y perfiles! Ciegos a todas estas bellezas, las gentes del país sólo perciben lo que en ello hay de degradante, de harapos y decadencia, y casi juzgan tus apuntes y admiración como un insulto. El granadino se te acerca para que vengas a dibujar la obra más reciente o el más moderno aborto estilo «Real Academia»...³⁵

Irving es muy impresionista en su aproximación a la ciudad, mientras que para la Alhambra es minucioso. Los barrios los ve como masas abigarradas de edificios en los que pocos espacios e inmuebles sobresalen con nombre propio, sólo aquellos vinculados a alguna leyenda o acontecimiento histórico: la casa del Gallo, la alcazaba Cadima, la plaza Bibarrambla, la Alcaicería, la ermita de San Sebastián... Ni siquiera encontramos una descripción de la Capilla Real, sepulcro de los Reyes Católicos, aunque sabemos que como a todo buen romántico le gusta la arquitectura

35. Ford, Richard, *Granada. Escritos con dibujos inéditos*, introducido por Gámir Sandoval, A., Granada, Patronato de la Alhambra y el Generalife, 1955, p. 91.

gótica, baste recordar sus reiteradas visitas y encendidos elogios a la Catedral de Sevilla³⁶.

Sin embargo, para el aficionado a la historia del arte de nuestros días es muy llamativo el escasísimo interés, si es que no simple ignorancia e incluso desprecio, de los viajeros románticos hacia la arquitectura de la Edad Moderna. Esto lleva muchas veces a tratarlos de ignorantes o parciales, pero yo creo que no merecen ningún reproche por ello a pesar de que Granada tenía una magnífica colección de edificios de esa época que parecen no existir para ellos. El Europeo romántico estaba saturado de órdenes, frontones y fachadas simétricas. Hacía tres siglos que el renacimiento Italiano había conquistado el continente, luego evolucionado hacia el barroco y vuelto finalmente al purismo neoclásico. Toda Europa seguía dominada por el espíritu neoclásico y aún le quedaba un largo futuro a su lenguaje, pues el propio eclecticismo se alimentó esencialmente del repertorio clásico; la arquitectura neogótica y el eclecticismo más exótico constituyen todavía una rareza. Era inevitable que la mirada de un viajero culto, pero que no es experto en historia de la arquitectura, resbale indiferente ante una fachada como la de la Chancillería con su repertorio de molduras y frontones clásicos, frente a los pilares corintios de la Catedral o ante la armonía del monasterio de San Jerónimo. Ese era un lenguaje internacional todavía vivo, comprensible, cómodo si se quiere, pero convencional hasta el aburrimiento.

Esto nos explica la actitud hacia los numerosos y magníficos edificios renacentistas y hacia los pocos academicistas —palabra más correcta que neoclásicos—. Pero el barroco granadino, con algunas iglesias imaginativas y exuberan-

36. Richard Ford sí que dedica amplio espacio y generosos elogios a la Capilla Real mientras se muestra más crítico con la Catedral. Ford, Richard, *Granada...*, pp. 95-102.

tes, se sale de esa norma. Por una lado es en ellos perceptible, pese a todas las violencias creativas, el lenguaje clásico tanto en buena parte de sus elementos (vocabulario) como en su simetría (gramática). Los viajeros han reaccionado contra la arquitectura clásica de su tiempo y podría pensarse que al sublevarse contra ella mirarían con respeto al barroco, pero nada más lejos de la realidad, porque se han educado en el neoclasicismo y lo respetan, aunque les aburra, y esa educación clásica incluye una virulenta condena del barroco como aberración, como degeneración del propio lenguaje clásico, como repulsa hacia el hijo deforme de la matriz romana. Y algo más y muy importante; la arquitectura barroca es todavía muy joven, los edificios sólo tienen una media de un siglo de antigüedad, y albergan poca historia para unos viajeros en los que la evocación del pasado es esencial.

Puede sorprender, después de estas reflexiones, que el Albaicín, barrio musulmán y morisco por excelencia, no despierte un interés especial en los viajeros románticos. En Irving sólo encontramos alguna descripción idealizada de su aspecto en época musulmana, seguramente calcada de alguna antigua crónica:

Opuesta a la colina en la cual se asienta la Alhambra se alza su rival [...]. Las laderas y faldas de estas colinas están cubiertas de casas en número de setenta mil, separadas por estrechas calles y pequeñas plazas, a la usanza de las ciudades árabes y moras. Dichas casas tienen patios interiores y jardines, refrescados por fuentecillas y arroyuelos, donde florecen naranjos, limoneros y granados, en forma que como las construcciones se elevan una tras otra en las laderas de la colina, presentan una deliciosa apariencia mixta de ciudad y jardín.³⁷

37. Irving, *Crónica de la conquista...*, pp. 14-15.

El Albaicín gusta como conjunto fronterero a la ciudad palatina, se visitan con interés algunas de sus casas moriscas y se le cita por su papel en la historia, pero se prefiere con mucho el denso centro urbano, la antigua Medina, donde los edificios cobran más altura y monumentalidad, donde el Darro brinda sus mayores cotas de pintoresquismo y donde las calles hierven de gente. Frente a esto el Albaicín es un barrio despoblado y pobre. Sólo la destrucción del centro de la ciudad por la especulación y la apertura de grandes vías volverá, décadas después, la mirada al Albaicín como último baluarte de las esencias granadinas³⁸. Otro tanto ocurre con el Sacromonte gitano y los demás barrios de cuevas de la ciudad, todavía no tan poblados como llegarán a estarlo a principios del siglo XX; Irving nos habla de las cuevas y sus habitantes siempre de pasada³⁹ y cuando otros viajeros se detienen es para lamentarse de la miseria de sus habitantes.

GRANADA MÁS ALLÁ DE LA MIRADA ROMÁNTICA

Ya he señalado la indiferencia de Washington Irving por la arquitectura posterior a la medieval, ahora me voy a centrar sobre todo en pormenores urbanos antes de pasar a hablar de la Alhambra⁴⁰.

La crisis del Antiguo Régimen encontró en Granada uno de sus eslabones más débiles. Aunque no se puede afirmar que todo fuera declive en España durante este periodo, es indudable que la evolución de la antigua capital nazarí será negativa. Influían en ello tanto los factores

38. Esta cuestión es tratada con detalle desde varios enfoques en Barrios Rozúa, Juan Manuel (coord.), *Albaicín: paraíso cerrado, conflicto urbano*, Granada, Diputación Provincial, 2003.

39. Irving, *Cuentos...*, pp. 127 y 194.

40. La historia urbana de Granada durante la época fernandina la he estudiado con detalle en Barrios Rozúa, Juan Manuel, *Reforma urbana y destrucción del patrimonio histórico en Granada. Ciudad y desamortización*, Granada, Editorial Universidad y Junta de Andalucía, 1998, pp. 109-130.

de ámbito estatal como una creciente pérdida de relevancia administrativa y política de la ciudad, fenómeno que hundía sus raíces en la propia Edad Moderna. La ciudad queda, además, completamente descolgada del incipiente desarrollo industrial y comercial que se da en algunas partes del país, entre otras razones por las dificultades que presenta el transporte, evidentes en la falta de un puerto en Motril y en la pésima red de caminos que tanto padecieron los viajeros románticos.

En estas condiciones la agricultura encuentra graves dificultades para su comercialización. En cuanto a la industria textil, había sido parcialmente desmantelada durante la invasión francesa⁴¹. No es pues de extrañar que en una ciudad con tan pocas perspectivas económicas «multitud de vagabundos y holgazanes» pueblen «diariamente las calles, plazas y sitios de mas concurrencia, á pretexto de vender tabaco, relojes, ropas, quizás robados en los pueblos comarcanos...»⁴².

El declive administrativo y económico de Granada tendrá su reflejo en el estancamiento demográfico, lo que contrasta con la tendencia al crecimiento que muestra el conjunto de España⁴³. El siglo comenzó con una epidemia de fiebre amarilla, a la que sucedió años más tarde la invasión francesa y la crisis agrícola. No obstante, a comienzos del sexenio absolutista se inicia una clara recuperación demográfica que se prolongará hasta que en 1834 llegue a la ciudad la terrible epidemia de cólera morbo que venía asolando Europa⁴⁴. Puede calcularse que la ciudad que

41. Díaz Lobón, Eduardo, *Granada, 1814-1820*, Granada, Diputación Provincial, 1975, pp. 40-52.

42. *Diario crítico y erudito de Granada*, 5 de mayo de 1813.

43. Fontana, Josep, *La crisis del Antiguo Régimen 1808-1833*, Barcelona, Grijalbo, 1992, pp. 263-267.

44. Rodríguez Ocaña, Esteban, *El cólera de 1834 en Granada. Enfermedad catastrófica y crisis social*, Granada, Universidad, 1983, pp. 80-88.

conoció Irving estaba poblada por unas 55.000 personas, o sea, algo menos de las que llegó a albergar en sus últimos días como capital nazarí.

La debilidad demográfica y económica se traduce en una nula expansión del perímetro de la ciudad y en una escasa renovación del caserío, pues era inevitable que una población empobrecida descuidara el mantenimiento de sus viviendas. Esta dejación no se daría sólo entre las clases populares y medias, sino también entre muchas familias nobiliarias que estaban viendo erosionados sus privilegios seculares y menguadas sus rentas. Pero donde el abandono del caserío debió ser más palpable es en el que pertenecía al clero. Éste poseía, pese a la desamortización de Godoy, más de un 10% de las 10.000 casas con que contaba la ciudad, porcentaje al que había que unir los 69 edificios construidos para iglesias, ermitas, conventos y hospitales religiosos. Si a éstos sumamos decenas de cruces, capillas y hornacinas distribuidas por toda la urbe, puede concluirse que la imagen de Granada era la de una ciudad sacralizada, algo que llamó poderosamente la atención de los viajeros anglosajones y franceses.

El deterioro del caserío adquiere tintes dramáticos en barrios como el Realejo, cuya prosperidad en tiempos pasados estuvo ligada a la industria de la seda y cuyo declive fue paralelo al de ésta. Ya en 1813 la situación del barrio era desoladora, pues las casas, «levantadas de planta con destino á la elaboración de sedas» iban quedando deshabitadas «porque hoy no rinden los alquileres de aquellos edificios, para sostenerlos: unos se desploman, y otros son derribados por sus dueños para valerse del triste precio de sus ricos materiales»⁴⁵. Algo parecido ocurría en la mayor parte del Albaicín y, como veremos, más dramática era aún la situación del pequeño barrio que había en lo que hoy es conocido como Secano de la Alhambra.

45. *Diario crítico y erudito de Granada*, 29 de julio de 1813.

Al deterioro general del caserío hay que unir la degradación de las escasas infraestructuras de la ciudad. La falta de recursos que sufre el municipio, tras la enajenación de buena parte de sus bienes propios, se traduce en una débil labor de mantenimiento del firme de las calles, de la limpieza de éstas y de la conservación de la red de aprovisionamiento de aguas⁴⁶. Muchas fuentes no manaban y la salubridad del agua era muy deficiente.

Los bandos municipales reiteraban que los cerdos no debían salir de los corrales, que se limpiara «la población de los muchos perros asquerosos y enfermos que, sin tener dueños, circulan por las calles» y que se retiraran los animales muertos⁴⁷. Un trato no mucho más benigno merecían los mendigos, pues se prohibía la presencia en la ciudad de los que no fueran vecinos de ella y se pedía la reclusión de los demás en centros de beneficencia donde serían obligados a trabajar.

LA ALHAMBRA Y SUS GENTES

La Alhambra, inseparable de su entorno urbano y su paisaje, hay que insistir en ello, era un lugar de «peregrinación» para los viajeros románticos, expresión utilizada por ellos mismos⁴⁸. Para Washington Irving el interés preferente quedó claro ya en su primer viaje:

46. Rodríguez Ocaña, *El cólera...*, pp. 53 y 54.

47. *Boletín Oficial de la Provincia de Granada*, 3 de septiembre de 1833.

48. Irving lo dice con claridad: «Para el viajero imbuido de sentimiento por lo histórico y lo poético [...] es la Alhambra objeto de devoción como lo es la Caaba para todos los creyentes musulmanes». Opinión compartida por muchos otros viajeros, como Murray que dice en 1846: «...la Alhambra es para el viajero en Andalucía lo que el Santo Sepulcro en Jerusalem es al peregrino: el punto culminante de todo lo que le interesa de la zona que lo rodea. Es difícil, sin embargo, aproximarse a ésta sin sentir esas aceleradas emociones que nos inundan cuando nos encontramos en vísperas de contemplar algo que desde hace mucho tiempo ha ocupado gran parte de nuestros pensamientos y fantasías». Su viaje está recogido en la recopilación de López-Burgos, María Antonia, *Granada. Relatos de viajeros ingleses (1843-1850)*, Melbourne, Australis Publishers, 2000, p. 65.

Durante los días pasados hemos estado ocupados recorriendo continuamente la ciudad y sus alrededores, pero la Alhambra y el Generalife han provocado más que ninguna otra cosa nuestro entusiasmo.⁴⁹

No es de extrañar que en la segunda estancia se sintiera encantado cuando se le ofreció la oportunidad de alojarse en el recinto. Las habitaciones que le cedieron habían sido construidas por encargo de Carlos V para complementar su palacio. Ocupaban dos crujías en ángulo que taponaban las antiguas vistas que había hacia el Albaicín desde el mirador de Lindaraja y que habían convertido en patio lo que antes era un jardincito bajo⁵⁰. Eran estancias de estilo castellano con techos renacentistas, muy luminosas y ventiladas:

Una ventana da al pequeño jardín de Lindaraja, especie de patio lleno de flores con una gran fuente en el centro; otra ventana domina el profundo valle del Darro, cuyas aguas murmuran en el fondo del barranco.⁵¹

Una vez instalado en la Alhambra baja poco a la ciudad, tanto porque dedica muchas horas a escribir como por la poca vida cultural que hay en aquellos años:

La muerte de la reina [Amalia de Sajonia] ha tenido cerrada la ópera por largo tiempo. Tiene, por tanto, poco atractivo

49. Carta a Antoinette Bollviller, fechada en Granada el 15 de marzo de 1828, en Morales Souvirón, *Cartas...*, p. 95.

50. En un intento de reconstruir fielmente la imagen de la Alhambra musulmana el restaurador Modesto Cendoya propuso en 1913 derribar las habitaciones que ocupara Irving, lo que afortunadamente no se llevó a cabo. Álvarez Lopera, José, «La Alhambra entre la conservación y la restauración (1905-1915)», *Cuadernos de Arte*, XIV/29-31 (1977), número monográfico, p. 69.

51. Carta a su hermano Peter Irving fechada el 12 de mayo de 1829, en Morales Souvirón, *Cartas...*, p. 104.

bajar a la ciudad. Sólo he bajado una vez en el curso de varios días, por la tarde. Me encuentro aquí perfectamente en el sosiego de mis habitaciones que cada día me siento menos inclinado a abandonar a medida que mejora el tiempo y se hace más templado el ambiente.⁵²

Para darnos cuenta de la pobreza cultural de Granada en aquellos años, más allá de este luto oficial, podemos fijarnos en un detalle, las publicaciones periódicas. Si durante 'Trienio Liberal se contabilizan 55 periódicos y revistas, isólo hay uno y de efímera existencia entre 1824 y 1832!⁵³. No en vano Irving pide en una carta desde la Alhambra que le envíen periódicos por atrasados que estén, pues no tiene ni idea de lo que pasa en el mundo desde hace tiempo. Qué duda cabe que en estos años Granada es, desde el punto de vista cultural, un páramo y que la represión combinada de la monarquía y la Iglesia constituyen la principal causa.

De todas formas no es sólo falta de actividades culturales lo que mantiene a Irving en sus habitaciones. En general todos los habitantes de la Alhambra sentían pereza para bajar al centro. En la calle Real había tiendas que abastecían de todo a sus habitantes y las cuestras empinadas eran disuasorias. Algunas de las veces que Irving se decidía a salir del recinto era por invitación del duque de Gor, con quien trabó gran amistad:

Bajo rara vez a Granada. Allí tengo un excelente punto de reunión, sin embargo, en la casa del duque de Gor. Tiene el duque de treinta a cuarenta años, y su apariencia predispone desde el primer momento en su favor a causa de su trato fran-

52. Carta al príncipe Dolgorouki, fechada en la Alhambra el 23 de mayo de 1829, en Morales Souvirón, *Cartas...*, p. 105.

53. Véase la elocuente relación de prensa periódica en Molina Fajardo, Eduardo, *Historia de los periódicos granadinos (siglos XVIII y XIX)*, 1979, pp. 86-90.

co, amistoso y sencillo en sus modales. [...] El duque tiene una interesante biblioteca que me ha ofrecido, al mismo tiempo que me ha procurado un permiso para visitar cuando me plazca la biblioteca de los Jesuitas en la Universidad, donde me han entregado las llaves para pasar si es mi deseo todo el día en completa libertad.⁵⁴

Pues bien, ¿cómo era la Alhambra en la que vivió Irving y que tantos viajeros visitaron? No deja de constituir una ironía que el norteamericano, como tantos viajeros románticos «descubriera» la antigua ciudad palatina cuando atravesaba la peor etapa de su historia. La Alhambra había degenerando en un rincón marginal de la ciudad y su arquitectura se hallaba sumida en el mayor de los abandonos.

En 1812 los franceses dinamitaron parte de las murallas, con lo que dejaron la Alhambra muy devaluada desde el punto de vista militar, y hay que decir que ya lo estaba bastante. Sólo la alcazaba queda como un lugar seguro, mientras que el resto del recinto ni es ni podrá ser ya nunca un lugar cerrado porque hay cuatro centenares de metros de muralla en completa ruina.

Para vigilar el recinto se había destinado en el siglo XVIII un destacamento de mutilados, «un puñado de soldados inválidos», que cumplía un papel sin relevancia y que, en la práctica, acababan mendigando o durmiendo en sus «andrajosas capas» más que cumpliendo labores de vigilancia⁵⁵. Para alojarlos se habilita un cuartel, ya que la destrucción de casas y el deterioro de las torres hace inhabitable la mayor parte de la Alhambra. El poco aprecio que se tiene

54. Carta a su hermano Peter Irving fechada el 13 de junio de 1829, en Morales Souvirón, *Cartas...*, p. 107. Irving también hace uso de la biblioteca del propio Gor «que contiene muy curiosos volúmenes». Carta al príncipe Dolgorouki, fechada en la Alhambra el 15 de junio de 1829, en Morales Souvirón, *Cartas...*, p. 110.

55. Irving, *Cuentos...*, pp. 59 y 61.

por el recinto queda de manifiesto en que se fortalece su papel como prisión, pero ahora no de personajes relevantes como en el pasado siglo, sino de presos de baja extracción social. Al año siguiente de la estancia de Irving se envía a la Alhambra una brigada de cincuenta presidiarios, más tarde ampliada a cien, para que realicen obras de consolidación en el recinto⁵⁶. Según descripciones de la época estos trabajadores forzados eran auténticos chapuceros que, al menos desde el punto de vista arqueológico, hacían más daño que bien, pues arrasaban con todo detalle decorativo en favor de la solidez. Esto es todo lo que estaba dispuesto a hacer el gobierno por el célebre conjunto monumental.

La invasión francesa había supuesto el golpe de gracia para el barrio artesanal de la Alhambra, que venía arrasando una existencia cada vez más lánguida, sobre todo a consecuencia del hundimiento de la industria de la seda granadina, agravado también por unos invasores que buscaban eliminar competidores a la industria de tejidos de su país. Las voladuras de los galos habían reducido a escombros buena parte del Secano, que quedó parcialmente abandonado. En consecuencia, la Alhambra ve como el número de familias civiles pronto es inferior al de las militares. Estas familias presentan además un progresivo envejecimiento. Para frenar la tendencia a la despoblación y convertir en productivos los amplios espacios yermos que habían quedado en el recinto, los responsables del patrimonio real mostraron interés por ceder terrenos a censo⁵⁷, pero no obtuvieron éxito en sus pretensiones porque la Alhambra tenía poco que ofrecer a las familias trabajadoras de aquella época y sí presentaba importantes inconvenientes. Se dará por ello la circunstancia de que mientras la ciudad

56. Viñes Millet, Cristina, *La Alhambra de Granada, tres siglos de historia*, Córdoba, Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1982, p. 107.

57. Viñes Millet, *La Alhambra...*, p. 167.

crece en número de habitantes la Alhambra disminuye, a no ser que sumemos las brigadas de presidiarios que residen de manera forzosa. Y mientras la población industriosa decae inexorablemente, crece el número de habitantes marginales que buscan residencia en aquel olvidado lugar o se dedican a actividades delictivas. Los temores nocturnos de Irving y los avisos de la familia no eran en vano.

Podemos imaginar que entre presidiarios, militares inválidos y gentes marginales el panorama humano que presentaba la Alhambra no era muy sugestivo. Sólo la mirada romántica encontrará un aliciente en el contraste entre esta miseria y el pasado esplendor del palacio nazarí.

Washington Irving todavía pudo conocer el convento de frailes franciscanos enclavado en el corazón de la Alhambra, en una casa conventual que englobaba restos de un antiguo palacio nazarí. Pero hasta estos frailes mendicantes eran más pobres que nunca después de sufrir las exclaustraciones de José Bonaparte y del Trienio Liberal.

Los diversos cargos políticos y administrativos que con cierta irregularidad habían existido en el sitio real de la Alhambra quedan ahora en papel mojado y hasta el propio alcaide de la Alhambra reside en la ciudad, gracias a lo cual Irving puede ocupar sus habitaciones⁵⁸. Al cuidado de los palacios queda una familia, con la que Irving entabló entrañable amistad, y que describe con su característica mirada amable: la Tía Antonia, que «mantenía en orden los salones y jardines árabes, y se encargaba de enseñarlos a los forasteros», y sus sobrinos la «pequeña y regordeta Dolores» y Manuel «joven de verdadero mérito y sobriedad española»⁵⁹.

La misma generosidad manifiesta con su «bien informado cicerone Mateo Jiménez», que había aprendido todas las historias de su abuelo, «un sastrecillo legendario, que vivió

58. Irving, *Cuentos...*, p. 69.

59. Irving, *Cuentos...*, p. 63.

casi cien años, durante los cuales sólo hizo dos salidas fuera del recinto de la ciudadela»⁶⁰, una anécdota poco verosímil a no ser que fuera paralítico, pero que es expresiva de la endogamia y pereza de los pobladores de la Alhambra.

En general los pobladores de la Alhambra se acogen, en los textos de Irving, al arquetipo de andaluz perezoso, pobre y feliz que todos los románticos observaron entre las clases populares⁶¹, y así elabora cuadros pintorescos dignos de un Brueghel el Viejo:

En el pozo [de la plaza de los Aljibes] existe una especie de tertulia perpetua, que se prolonga todo el santo día, formada por los inválidos, las viejas y otros curiosos desocupados de la fortaleza, que se sientan en los bancos de piedra bajo un toldo extendido sobre el pozo para resguardar del sol al encargado. Allí se pierde el tiempo charlando de los sucesos de la fortaleza, se pregunta a todo aguador que llega las noticias de la ciudad y se hacen largos comentarios sobre cuanto se ve y oye. No hay hora del día en que no se anden por allí comadres y criadas holgazanas en interminable cuchicheo, con el cántaro en la cabeza o en la mano, deseosas de oír el último chisme de aquella buena gente.⁶²

En resumen, la población de la Alhambra durante las décadas comprendidas entre la invasión francesa y la regencia de Espartero puede calcularse en unos trescientos individuos, aumentando o disminuyendo el número según residieran en ella más o menos presidiarios⁶³. Cifra sensiblemente menor cuantitativamente y muy inferior cualitativamente respecto a las de la Edad Moderna. Para comprender esta situación era preciso conocer los muchos

60. Irving, *Cuentos...*, p. 73.

61. Irving, *Cuentos...*, p. 82.

62. Irving, *Cuentos...*, pp. 201-202.

63. Viñes Millet, *La Alhambra...*, p. 197.

estrugos que ocasionaron los invasores galos, por eso sorprende esta desatinada observación de Irving inspirada por las superficiales reformas que se hicieron para la visita de José Bonaparte:

Con ese exquisito gusto que ha distinguido siempre en sus conquistas a los franceses, este elegante monumento del esplendor moro fue salvado de la completa ruina y desolación que le amenazaba. Fueron reparados los tejados, protegidos del viento los salones y galerías, cultivados los jardines, restablecidas las conducciones de agua, y las fuentes volvieron a lanzar su lluvia de perlas. España debe agradecer a sus invasores el que hoy se conserve el más bello e interesante de sus monumentos históricos.⁶⁴

EN EL PALACIO DE BOABDIL

Irving se preguntaba «si el pobre rey Chico estaría mejor que yo en este palacio»⁶⁵; el recuerdo del último rey lo invadía todo con una pátina de nostalgia y nadie como el escritor norteamericano podía evocar mejor los avatares del tiempo. Él, que había invertido meses de trabajo en relatar minuciosamente los últimos años de los musulmanes en aquel pequeño país. Cada sala del palacio, cada torre de las murallas tiene asociado un hecho trágico o un momento de felicidad perdido cuyo eco llega a través de las salas vacías. Irving demostró en los *Cuentos* una inimitable capacidad para la evocación que ninguno de los muchos escritores locales y foráneos que han intentado aproximarse literariamente al palacio han conseguido.

Es la suya una visión parcial, por supuesto, pero en la que sabe combinar la exaltación de un pasado brillante con la simpatía hacia los tipos populares que ahora pueblan el

64. Irving, *Cuentos...*, p. 59.

65. Carta a su hermano Peter Irving fechada el 12 de mayo de 1829, en Morales Souvirón, *Cartas...*, p. 104.

recinto. Esa búsqueda del contraste es lo que hace tan sugestivo el libro y evita que adopte un tono impostado que termine por acartonar a los musulmanes:

Me distraje observando algunos de los pintorescos tipos que han usurpado de este modo la antigua mansión de la realeza, y que parecen estar aquí para representar el grotesco final en el drama del orgullo humano.⁶⁶

En sus páginas se mezclan el trágico Boabdil con los pescadores de golondrinas, el sangriento final de los Abencerrajes con los pícaros buscadores de tesoros, guerreros fantásticos con harapientos inválidos. Hay relatos historicistas y descripciones contemporáneas, pero ambos mundos se dan la mano en cuentos de pobres granadinos que dialogan con apariciones y penetran en cuevas fantásticas. Esta fusión de la historia, la leyenda y la pintoresca realidad presente es lo que Irving ve en sus paseos por la Alhambra, el espacio que junto a Granada sirve de común escenario, y cemento, para tan heterogéneos materiales. Es por ello que separar los cuentos del conjunto del libro sea un dramático error que traiciona las concepciones literarias del autor; un cuento aislado puede resultar pueril, porque es la atmósfera mágica que el autor ha creado desde el principio la que hace que una historia candorosa se acoja con simpatía e incluso gane verosimilitud. Todo intento de descomponer el libro en sus elementos, o sea, en guía de viajes, cuentos y evocaciones históricas, implica obtener productos mutilados pese a su aparente autonomía.

Muchos son los investigadores que han valorado de esa manera el libro en una disección anatómica digna de mejores esfuerzos, y han alabado algún cuento en particular, o reprochado la idealización de Boabdil, o resaltado el valor de sus impresiones de viajero sobre las limitaciones de su

66. Irving, *Cuentos...*, p. 80.

imaginación⁶⁷. Irving busca la complicidad de un lector romántico, interesado por todos estos ingredientes tan difíciles de fraguar. Así como en la *Crónica de la conquista de Granada* obtuvo un producto dudoso a partir de una lectura demasiado apegada a las crónicas medievales⁶⁸, en los *Cuentos de la Alhambra* se dejó arrastrar por la subjetividad y fundió con valentía sus experiencias con la ficción, y la historia con la leyenda⁶⁹. No deja de ser un producto extraño, inusual, pero enormemente sugestivo. Irving era plenamente consciente de lo que hacía, como puso de manifiesto en su introducción a *Tales of a Traveler* (1824):

67. Una muestra: «He de confesar que prefiero, con mucho, la parte narrativa y descriptiva del libro, desde el viaje hasta la parte dedicada a contarnos sus experiencias en paseos, estancias y en el trato con los personajes que allí encontró. [...] Creo que en los cuentos Irving queda muy por debajo del escritor de costumbres, y que en ninguno de aquéllos ha alcanzado la gracia de Rip van Winkle. Lo maravilloso es demasiado fácil y trillado, requiere un lector demasiado ingenuo. [...] los productos de la fantasía de Irving son más bien decepcionantes. Además le ha fallado ante lo granadino aquella feliz nota de ironía que hace deliciosos todavía, con frescura permanente, los cuentos del *Sketch Book*». Ynduráin Hernández, *Washington...*, pp. 31-33.

68. Este libro ha perdido hoy mucho atractivo al haber quedado muy superado por investigaciones ulteriores. No obstante, no hay que olvidar que fue un libro «que marcó toda una época de la historiografía romántica». Galán Sánchez, Ángel, *Una visión de la «decadencia española»: la historiografía anglosajona sobre mudéjares y moriscos (siglos XVIII-XX)*, Málaga, Diputación, 1991, p. 72.

69. De esta opinión es Carrasco Urgoiti: «La fusión de dos géneros aparentemente tan dispares se halla perfectamente lograda en *The Alhambra*, acaso porque el autor usó plenamente de la espontaneidad artística que predicaba el romanticismo, dejando correr su pluma con entera libertad, tanto cuando se sentía en vena satírica o se interesaba por la vida diaria de cuantos le rodeaban como cuando soñaba fantásticas aventuras. Prestan unidad a tan variada materia un acento muy personal de entusiasmo finamente matizado de ironía, y sobre todo la localización de la Alhambra, localización acompañada de una sutil ambientación, que envuelve episodios picarescos y aventuras maravillosas en una atmósfera común de bellezas luminosas y vida grata». Carrasco Urgoiti, María Soledad, *El moro de Granada en la literatura (del siglo XV al XIX)*, Madrid, *Revista de Occidente*, 1956, (ed. fac. con introducción de Martínez Ruiz, Juan, Universidad, 1989), p. 247.

Para otros cuentos contenidos en esta obra y en general para todos los míos, puedo hacer una observación: soy un inveterado viajero, he leído algo, visto y oído más y soñado mucho más. Mi cabeza está, pues, henchida de toda especie de cosas raras y sabidas. Al viajar, estos heterogéneos materiales se revuelven en mi imaginación como los artículos de una revuelta valija, de tal modo que, cuando trato de extraer un hecho, no puedo determinar si lo he leído, me lo han contado o lo he soñado, y siempre fallo en saber qué es lo que he de creer de mis propias historias.⁷⁰

Hechas estas observaciones, creo llegado el momento de profundizar en la peculiar visión que Irving tiene de la antigua ciudad palatina. Varios de los capítulos de *Cuentos* constituyen una auténtica guía de la Alhambra. A las explicaciones histórico-artísticas que da del conjunto monumental se superponen luego las leyendas. Así, muchos viajeros que visitaron la ciudad a partir de 1832 habían asimilado esta mezcla de fantasía con realidad que hoy perpetúan los guías turísticos, quizá los máximos deudores de la peculiar visión del norteamericano.

La opinión que Irving vierte del exterior de la Alhambra no es muy favorable, y en esto coincide con otros viajeros. Quizá esperaba encontrar cúpulas bulbosas de mosaicos relucientes como las que hay en Asia Central, o una amalgama de minaretes agudos y grandes cúpulas como en El Cairo o Estambul. No puede descartarse, pero creo que más bien cabe hablar de un recurso literario que busca el contraste entre el exterior y el interior:

Contemplada por fuera, es una tosca agrupación de torres y almenas, sin regularidad de planta ni elegancia arquitectónica, que apenas da una idea de la gracia y belleza que reinan en el interior.⁷¹

70. Citado por Soria, *Washington...*, pp. 133-134.

71. Irving, *Cuentos...*, p. 58.

El norteamericano ya había visto para esas fechas muchas fortalezas andalusíes, todas de torres cúbicas y sobrias, y ésta no podía constituir una decepción puesto que, al fin y al cabo, era enorme en comparación con ellas; él mismo calcula que podía albergar la disparatada cifra de 40.000 hombres —hoy sabemos que la población en tiempos musulmanes era de unas 1.500 personas.

Entremos al recinto por la puerta que entremos, veremos que todas están expresamente vinculadas por el literato a leyendas fantásticas. La puerta de la Justicia a la leyenda del astrólogo árabe, y con ella queda explicada la presencia en las claves de sus arcos de una mano y una llave. La puerta de Hierro con una mano sin cuerpo que agarra a los niños. La puerta de los Siete Suelos con el caballo sin cabeza seguido por una jauría de perros. La torre de los Picos, donde hubo una puerta derribada por los franceses, con el soldado encantado que guardaba un tesoro.

El interior del recinto no llega a comprenderlo en su estructura urbana, que los historiadores han ido reconstruyendo con el tiempo. Él tiende a verlo como un conjunto unitario más que como una ciudad palatina con una estructura claramente jerarquizada. En suma, ve la Alhambra que remodelaron los Reyes Católicos y el emperador Carlos V. El gran aljibe que suprimió el barranco que separaba la Alcazaba del resto de la Alhambra él lo atribuye erróneamente a los musulmanes⁷². Tampoco percibe que la calle Real Baja, seguramente soterrada en aquellos tiempos y destruida en parte por el palacio de Carlos V, separa el palacio real del resto de la Alhambra, ocupado en tiempos musulmanes por un extenso barrio en el que había tantos palacios de nobles musulmanes como talleres y viviendas de artesanos. El barrio popular, que habitado por colonos cristianos mantuvo su función artesanal hasta la llegada del

72. Irving, *Cuentos...*, p. 201.

siglo XIX, quedó destruido por las minas que colocaron en la muralla inmediata los franceses. Cuando Irving llegó estaba arruinado y en buena parte despoblado.

El palacio de Carlos V, que califica de «magnífico», tiene el pecado original de haberse construido sobre el solar de una presunta «residencia de invierno, que fue demolida para dejar sitio a esta maciza mole». Esta idea, muy difundida entonces, estaba reforzada por un grabado de Murphy que hacía una fantástica reconstrucción del palacio de invierno⁷³. Hoy los arqueólogos tienden a pensar que el espacio sobre el que se hizo el edificio renacentista estaba ocupado por una *musalla* o explanada al aire libre, que podía ser utilizada para rezos multitudinarios y paradas militares. En su error Irving cree que la fachada del palacio musulmán había desaparecido y hierra una vez más a la hora de interpretar la estructura urbana del recinto. En fin:

Con toda su imponente grandeza y mérito arquitectónico, miramos al palacio de Carlos V como un arrogante intruso y, pasando delante de él casi con un poco de desprecio, llamamos a la puerta musulmana.⁷⁴

La Casa Real se conservaba bien, pero comprender su estructura no era fácil. El Mexuar o sala de justicia estaba convertido en una pequeña iglesia. Irving, aplicando una lógica válida para buena parte de la ciudad, consideró equivocadamente que si allí había una iglesia era porque antes tuvo que haber una mezquita, la que utilizaría la familia real nazarí⁷⁵.

En las salas y patios del palacio había entonces muchas reformas cristianas, sobre todo en estilo mudéjar, que los arqueólogos han ido retirando para hacer más clara la lec-

73. Murphy, James Cavanah, *Las antigüedades árabes de España. La Alhambra*, Londres, 1813, (ed. facs. Procyta, 1987), plancha XII.

74. Irving, *Cuentos...*, p. 63.

75. Irving, *Cuentos...*, p. 348.

tura. También desaparecieron los jardines «de mal gusto» que «hicieron los franceses cuando fueron dueños de Granada» en espacios como el patio de los Leones⁷⁶.

Muchas de las salas tienen sus leyendas y sucesos históricos que Irving va desgranando. En la sala de los Abencerrajes el cobarde asesinato de esta familia noble; en la base de la torre de Comares la cárcel de la que escapó la madre de Boabdil... y cuando no hay leyenda, como en el caso de la Sala de las Dos Hermanas, sino una prosaica explicación que atribuye el nombre a dos grandes losas de mármol, Irving reacciona imaginando una más fantástica.

Es curioso que existiendo tantísimas ediciones de *Cuentos de la Alhambra* no haya todavía ninguna edición crítica que vaya anotando los muchos errores de interpretación que los estudios apoyados en la arqueología y los archivos han ido corrigiendo. Irving no es responsable de la mayoría, pues eran moneda corriente en los libros de los viajeros que le precedieron y entre las guías locales como *Paseos por Granada y sus contornos* de Echeverría (1764) o los *Nuevos paseos* de Simón de Argote (1807), ambas leídas por el norteamericano.

Washington Irving comparte con otros muchos viajeros la impresión de que la Alhambra se encuentra al borde de la ruina y de que los terremotos «más pronto o más tarde reducirán a un montón de ruinas este edificio que ya presenta señales de desmoronamiento»⁷⁷.

CONCLUSIONES: EL IMPACTO DE LA OBRA DE IRVING SOBRE GRANADA

La obra de Washington Irving es hoy poco valorada en Estados Unidos, donde más allá de algunos cuentos y esbozos de su primera etapa, poco se recuerda de él. Quien fuera el primer escritor norteamericano capaz de vivir de las

76. Irving, *Cuentos...*, p. 64.

77. Irving, *Cuentos...*, p. 101.

letras y con repercusión en Europa está hoy eclipsado por otros escritores contemporáneos y de la siguiente generación (Fenimore Cooper, Mark Twain, Edgar Allan Poe, Nathaniel Hawthorne, Henry James...). Se le acusa de poseer una imaginación limitada y tener que apoyarse en argumentos dados (leyendas populares y la historia), sus escritos históricos quedaron ha mucho superados por la historiografía moderna, o se le reprocha haber sido muy poco americano y demasiado europeo⁷⁸.

Que hoy su autor se considere en Estados Unidos poco americano carece de importancia en Europa, y que allí se le lea poco no obsta para que *Cuentos de la Alhambra* sea considerado un clásico en España.

A partir del exhaustivo repertorio bibliográfico de Sylvia L. Hilton puede comprobarse que los *Cuentos de la Alhambra* es el segundo libro de Irving, detrás de *The Sketch Book*, que más reediciones ha tenido, aunque sea el cuarto o el quinto en el número de estudios críticos que ha generado⁷⁹. Claro que si sumamos las introducciones y los estudios preliminares que acompañan a muchas ediciones de la obra, lo escrito sobre el libro crece sensiblemente.

Existen dos ediciones de los cuentos, la primera de 1832; la segunda, revisada por el autor, es de 1850 con un

78. Sirva esta crítica de botón de muestra: «Pocos escritores habrán logrado tanto éxito y habrán llegado tan lejos, sin poseer más que un mediano talento, como Washington Irving. [...] Su éxito se basaba tanto en su plácida adaptabilidad natural como en la seguridad que ofrecía a los contemporáneos lectores de que sus incursiones literarias serían siempre gratamente triviales, deslizándose con gracia sobre la superficie de las cosas sin remover nunca el fondo». Hoffman, Louise M., «Irving's Use of Spanish Source in *The Conquest of Granada*», *Hispania*, XXVIII, 1945, 483-498, p. 7. Una buena recopilación de los reproches a la obra de Irving y a su propia persona puede verse en Hilton, Sylvia-Lyn, *Washington Irving, un romántico entre Europa y América. Introducción y bibliografía general*, Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1986, pp. 29-30, autora que por su parte tiene una alta opinión de él.

79. Hilton, *Washington...*, pp. 141-145.

prefacio de 1851. En ella, además de reordenarse los capítulos se añaden nuevos textos (la cruzada del maestro de Alcántara, la leyenda del soldado encantado y el relato de la partida del autor de Granada). Tras su muerte se hace una edición póstuma a la que se añade el «Spanish Romance», la «Legend of don Munio Sancho de Hinojosa» y el artículo sobre «Poets and Poetry of Moslem Andalus»⁸⁰.

El éxito es inmediato y se traduce ese mismo año al francés y el alemán; poco después al danés y holandés (1833) y luego al sueco (1834). Más tardías son las ediciones al islandés (1860) e italiano (1911). En España hay ediciones incompletas y en ocasiones traducidas del francés desde 1833, tanto editadas formando un libro como cuentos sueltos en publicaciones periódicas (por ejemplo el diario *El Granadino* en 1848). La primer edición completa traducida del inglés data de 1888, se publicó en Granada y la hizo José Ventura Traveset, doctor en Filosofía y Letras, el cual se apoyó en la edición de 1832⁸¹. Desde entonces esta traducción y otras que se han hecho con posterioridad no han dejado de repetirse —yo he manejado la traducción de Ricardo Villa-Real basada en la edición de 1851—. Hoy, sólo en Granada, se venden a turistas todos los años cientos de ejemplares no sólo en español e inglés, sino también en francés, ruso, japonés, y otros idiomas.

Menos fortuna han tenido sus restantes libros de tema hispano, aunque se pueden encontrar ediciones relativamente recientes de todos ellos; sólo su correspondencia y

80. En español se suelen publicar las traducciones de las ediciones de 1832 y 1851 —esta última es la que yo he manejado—, y nunca la póstuma. Un buen estudio sobre las diferencias entre las ediciones en Soria, *Washington...*, p. 144 y en Carrasco Urgoiti, *El moro...*, p. 252, autora ésta que valora muy positivamente de la edición póstuma la «Legend of don Munio Sancho de Hinojosa».

81. Para las ediciones en español véanse las referencias recogidas en Gallego Morell, Antonio, «*The Alhambra* de Washington Irving y sus traducciones españolas», en *Washington Irving (1859-1959)*, Granada, Universidad de Granada, 1960, pp. 178-186.

diarios escritos en España permanecen inaccesibles y están reclamando una traducción y edición completas. Tampoco han faltado los estudios literarios y biografías, tanto obra de estudiosos españoles como traducciones. Lo que no ha interesado mucho de Irving son las obras que escapan de su dimensión hispanista; de ellas hay pocas ediciones recientes y algunas nunca han sido vertidas al español.

El impacto de la estancia de Washington Irving en Granada es grande desde muy temprano y creo merece la pena valorarlo con algunos testimonios. El que desde un primer momento resultó beneficiado fue su guía, Mateo Ximénez, que a fuerza de leer sus libros, se había convertido en el guía oficial de Alhambra, según supo Irving por el duque de Gor:

El hijo de la Alhambra fue desde entonces su *cicerone* corriente y bien remunerado; hasta el punto de que —según he oído— nunca se ha visto obligado a recobrar la andrajosa y vieja capa parda en que lo encontré por vez primera.⁸²

Buena parte de los viajeros que llegaron después de la publicación de los *Cuentos* en 1832 los habían leído y no podían dejar de anotar sus impresiones sobre los personajes reales del libro. El de más aceradas críticas es Richard Ford, a quien nunca le habría gustado que se le considerara un viajero romántico y que nos pone en guardia sobre la capacidad de idealizar la realidad del norteamericano:

Ella es la Doña o *Tía Antmía* de Washington Irving, quien con su sobrina Dolores y Mateo Ximénez han quedado inmortalizados por su pluma. Como hemos vivido durante dos veranos con estas damas [en 1831 y 1833], podemos atestiguar históricamente que la *Tía Frasquita* era rabiosa y avinagrada, Dolores fea y mercenaria, y Mateo un charlatán necio. De estas

82. Irving, *Cuentos...*, p. 355 y Morales Souvirón, *Cartas...*, p. 117.

buenas piezas Irving hizo héroes y heroínas, porque el poder romántico puede dorar hasta los metales más bajos.⁸³

Muchos años después el viajero inglés William George Clark (1849) tuvo también la ocasión de conocer a Mateo Ximénez, que estaba lejos de ser ya un ingenuo guía:

La viva fantasía de Washington Irving ha mostrado al «honesto Mateo» a los ingleses de medio mundo como un pequeño héroe de novela, transmitiéndolo a la posteridad, además de darle la posibilidad de sacarles un dinerillo a sus contemporáneos.

[...] Él me mostró un libro de unos viajeros americanos en el que se le elogiaba, lleno de frases exageradas, escrito, de hecho en ese estilo grandilocuente que les distingue de nosotros. El viejo zorro me llevó a su propia guarida, donde tenía para la venta (*bajo cuerda*) muchos trozos de decoración de estuco y otros restos robados de la Alhambra.⁸⁴

Pero la mayoría de los turistas eran menos cáusticos y se dejaban arrastrar por la parte más fantástica del libro, caso de la viajera inglesa Elizabeth Mary Grosvenor (1840-1841):

[...] una pequeña puerta de aspecto normal conduce al Palacio de verano de la Alhambra y un instante transporta al visitante a la tierra encantada de arquitectura y jardines tan magníficamente descrita por Washington Irving, como para hacer que sea en vano para cualquier otra pluma intentar hacerle justicia y, la tarea parecería aún más desesperanzadora, después de haberla visto.⁸⁵

83. Ford, *Granada...*, p. 35. El cáustico Ford, sin embargo, también reconoce que la tía Antonia ha hecho mucho por arreglar y vigilar los palacios después de los destrozos ocasionados por los franceses.

84. Su viaje está recogido en la recopilación de López-Burgos, *Granada... (1843-1850)*, p. 93.

85. Su viaje está recogido en la recopilación de López-Burgos, María Antonia, *Granada. Relatos de viajeros ingleses (1830-1843)*, Melbourne, Australis Publishers, 2000, p. 117.

Pero pocos testimonios como este del viajero británico Martin Haverty (1843), nos muestran hasta qué punto el libro se había convertido en una referencia:

¿Quién no ha leído los *Cuentos de la Alhambra* de Washington Irving o visto las excelentes vistas de Granada de Roberts? [...] Cuando yo fui a la librería de un respetable librero en Granada para pedir alguna guía para conocer las curiosidades locales, después de una larga búsqueda, lo único que pudo ofrecerme fue una traducción al español de algunos de los famosos cuentos de Washington Irving. Era, quizás, después de todo, la mejor guía que uno pudiera haber escrito del lugar.⁸⁶

Washington Irving y otros muchos viajeros románticos contaron al mundo el maravilloso conjunto artístico que atesoraba la Alhambra, pero también denunciaron su deterioro⁸⁷. Las protestas implícitas en los libros de viajes contribuyeron a que el Estado se fuera implicando cada vez más en la conservación del recinto monumental, sobre todo a partir de 1847, año en el que se nombra un arquitecto conservador del recinto. En Granada no se olvidó este servicio, como puede verse en esta cita de 1884 extraída del principal periódico que se publicaba entonces en la ciudad:

En lo que va de siglo, fue fortaleza en tiempo de los franceses [...]; después, sirvió para todo, la habitó quien quiso, hasta gitanos, y gracias al patriotismo de algunos y a los clamores del ilustre americano Washington Irving, se pensó en conservar aquellos novilísimos restos.⁸⁸

86. Su viaje está recogido en la recopilación de López-Burgos, *Granada... (1830-1843)*, p. 163.

87. «Los escritos de Washington Irving y la admiración de los peregrinos europeos han avergonzado recientemente a las autoridades, hasta llevarlas a iniciar una política de mejor conservación de la Alhambra», Ford, 1955: 29.

88. *El Defensor de Granada*, 22 de julio de 1884.

Los literatos granadinos también sintieron el influjo de Washington Irving. El romanticismo llegó tarde a Granada, sólo a finales de los años treinta vemos aparecer una revista cuyo elocuente título es *La Alhambra*. Numerosos escritores recrearán leyendas de la dominación musulmana, de la guerra de conquista, de los moriscos o de apariciones de moros encantados y tesoros. Se publicarán cuentos en la citada revista y en otros muchos periódicos y revistas de efímera vida. Aparecerán también recopilaciones como las de Francisco de P. Villa-Real, de Antonio Joaquín Afán de Ribera, etcétera. Muchas leyendas nuevas afloran y otras ya utilizadas por Irving se repiten, pero lo que es cierto es que nadie consiguió emular la brillantez y magia de su estilo.

En Granada Irving no ha dejado de ser una figura venerada. Durante un tiempo sus habitaciones se convirtieron en un museo con muebles de la época en que residió el viajero⁸⁹ y hoy pueden verse diversas placas que lo recuerdan en la Alhambra, una de ellas colocada en el centenario de su fallecimiento, cuando se le rindió homenaje⁹⁰.

89. Los muebles no son los que utilizó el escritor, sino que fueron adquiridos en anticuarios y son de la misma época. Hoy sus habitaciones están vacías y los muebles se encuentran en la «sala de Washington Irving» del Museo Casa de los Tiros.

90. En aquella ocasión se realizó un homenaje a cargo del Ayuntamiento, la Universidad y el Patronato de la Alhambra en el que el chauvinismo local llega a cotas ridículas: hay que «agradecer la prosa de su ofrenda a la ciudad; sobre todo porque ésta es una ciudad hecha a golpes de literatura, con la misión universal de mantenerse para siempre como gran Ciudad del Espíritu», cita del folleto de las actividades organizadas con motivo del centenario de la muerte del escritor *Granada a Washington Irving (1859-1959)*, Granada, Ayuntamiento, 1959.